

“AHORA QUE LO PIENSO...”

Sofía Mares

El siguiente documento consta de una serie de reflexiones acerca del desarrollo de los diferentes eventos característicos de mi vida. Mi infancia, etapa feliz por excelencia y sin duda alguna; mi adolescencia, que fue breve, poco intensa y pasó sin darme cuenta; y mi madurez (espero), donde he pasado los tiempos más difíciles y sin embargo ya no lloro como lo hacía antes. A la que llegué con muchos golpes y tropezones, pero pienso disfrutarla a pesar de quien sea. Y una carta de despecho en momentos difíciles.

Escucho a mi hija cantar y si he de ser franca, no es que cante muy bonito, pero refleja una infinita felicidad.

¿Y qué es la felicidad? Yo creo que no es una forma de vida; tampoco creo que existan personas destinadas para ser felices y otras para ser infelices.

Más bien yo pienso que es como un medicamento, que se da en dosis y a determinado tiempo.

Lo realmente determinante es la capacidad de cada persona para administrarse esas dosis, o bien la capacidad de retener su efecto por largo o corto tiempo.

Es la actitud que asume cada una de las personas cuando se presentan esos momentos mágicos en que parece que la felicidad es eterna y todo lo que hace uno está bien.

Yo he tenido muchos largos momentos de felicidad. De hecho todo lo que recuerdo de mi infancia son momentos agradables.

Sé que mi familia pasó por tiempos muy difíciles, - yo niña, hija menor, cuidada y protegida por padres y hermanos -, no tenía que preocuparme por resolver las cosas.

Sabía de los problemas económicos, pero no me afectaba el no poder obtener algún capricho o necesidad material, yo me sentía feliz y amada.

Lo increíble de ser adulta, es darme cuenta de lo dichosos que fueron tiempos pasados; más por ningún motivo, deseo volver a la infancia. Bien dicen que “no hay mejor tiempo que el pasado”; o algo así.

Todo esto pensando en la cantidad de ocasiones que me sentí avergonzada o humillada por alguien mayor. Porque si algo malo tenemos al ser adultos es creer que podemos faltar al respeto a niñas y niños, sin que ellos tengan la menor posibilidad de defenderse u oponerse a nuestras órdenes, por absurdas que puedan parecerles. Simple y sencillamente, tenemos el poder y no podemos permitir su desobediencia. Tengo tres hijos, y muchas veces me pregunto

si no he perdido la cordura al comportarme de manera autoritaria e intransigente. Si realmente con esta actitud aseguraré me vean con respeto. No sé, el tiempo lo dirá.

SOBREVIVIR A LOS DIECIOCHO

Siempre he tenido una idea, quizá absurda, de que antes de cumplir dieciocho años, se corre un gran riesgo de casarse o embarazarse sin haberlo planeado realmente; y que al cumplirlos disminuye considerablemente el riesgo.

¿Cómo es posible que se casen tan niñas?-, me preguntaba al enterarme de alguna familiar o conocida que se casaba antes de los dieciocho años; - sacó trofeo -, decían en la escuela.

¿Qué más podía pedir? Me sentía feliz y amada, era muy buena alumna, tenía facilidad para estudiar y obtener buenas notas. Había tenido algunos novios que alimentaban mi vanidad, (¿a quien no le gusta sentirse admirada y querida?).

De repente algo pasaba en mi vida, me sentía vacía, ajena – no tenía novio -. No sé si todas las adolescentes se sientan así, pero llegó un momento en que me sentí muy mal porque no tenía novio; como si estuviera marcada.

Quizá sea la predisposición del ser humano a tener una pareja (tu media naranja), sobretodo la predisposición social y cultural de una mujer: requisito indispensable para no ser señalada, “tener el respaldo de un hombre” (papá, hermano, esposo).

Siempre me he considerado una persona segura (de sí), madura y capaz de resolver cualquier problema y tomar decisiones propias. Pero es muy probable que dentro de nuestro inconsciente estén esas predisposiciones que nos hacen actuar como si no tuviéramos voluntad, como si realmente alguien tuviera que resolvernos la vida.

¿Acaso no es más satisfactorio compartir la vida con una persona entera que con “media persona”? Pocos hombres encuentran conveniente vivir con una persona preparada académicamente, con sueños y metas propias que compartir o apoyar.

Un buen día sucedió, me encontré con él, no era alto, moreno y de cabello rizado como me gustaban (el hombre ideal para una niña de 16 años), pero era atento conmigo, cariñoso, “muy cariñoso”; sentía que él me necesitaba, que yo era muy importante para él. Inclusive alguna vez llegué a pensar que tenía alguna enfermedad incurable, y si no seguía a su lado él se suicidaría o algo así.

Ahora pienso que no se debe partir de las que suponemos “necesidades” de otro para formar una pareja, es un error. Ni siquiera podemos saber cuáles son sus necesidades.

Se debe partir de las necesidades y sentimientos propios. Aunque parezca egoísta, el hecho de que alguien diga quererte, no te obliga a corresponder de la misma manera si no es lo que sientes. Una cosa es ser condescendiente y no lastimar a las personas y otra muy distinta el pretender sentir algo que no nace de ti. Claro que ahora ya no tengo 16 años, no se puede tener la misma visión del mundo.

Sentía que tenía una especie de misión en la vida, tenía que salvar un alma frágil, dar amor sin recibir nada a cambio... soñadora al fin.

Las cosas entre nosotros siempre se dieron muy forzadas. Desde un principio insistió mucho en que saliéramos juntos; él ya había desistido y termine por ser yo quien retomara la posibilidad de ser novios. Él era muy insistente y yo siempre me dejaba convencer. Me pregunto si realmente me convencía.

La primera vez que tuvimos relaciones no fue lo que yo esperaba, de hecho fue vergonzoso e irritante, me sentía sucia. Le dije que no estaba preparada para ello (emocionalmente); él no lo comprendió, se rió y dijo que para eso no se tenía que estar preparada.

Pese a la desagradable experiencia, seguimos teniendo relaciones por más de seis meses. Aún me parece asombroso que adolescentes con estudios de preparatoria, al tanto de la existencia

de anticonceptivos, se niegan a usarlos para su protección y seguridad; a pesar de que no son del todo seguros, lo es más usarlos que el prescindir de ellos.

Personalmente me daba pena comprarlos, (por la imagen que daría a personas extrañas que ni siquiera me conocían y mucho menos les importaría lo que hiciera), y no me atrevía a exigirle a él que lo hiciera.

Y mi vida dio un vuelco, estaba embarazada. Pasé momentos muy difíciles, la culpa, la vergüenza, la desilusión, el fin violento de la hermosa adolescencia; el fin cruel de sueños y metas, fin al que yo di paso de manera absurda y abrumadora.

Cuando tenía cuatro meses de embarazo, era ya imposible no enfrentar los hechos; sus papás fueron a “pedir mi mano”. Fue un teatro muy desagradable, lleno de ironías y burlas disfrazadas de buena voluntad; pero finalmente agradecía el hecho de que él no me dejó sola, que contaba con su apoyo. Ahí estábamos dos mentes completamente distintas, con tan contrarios conceptos de la vida en pro de las <buenas costumbres> y <haciendo lo correcto>, <corrigiendo un error>, dándole familia a un futuro bebé. Y efectivamente no sobreviví a los dieciocho...

Es un tanto fatalista la expresión: “no sobreviví a los dieciocho”; pero me refiero específicamente al hecho de vivir en pareja, la formación de una familia prematuramente; sin tener la madurez emocional necesaria para enfrentar las dificultades que implica, además de no tener la preparación mínima para solventar económicamente un hogar. Ya no digo una profesión, (dada la dificultad a la que se enfrenta incluso un profesionalista para encontrar empleo), una preparación para el trabajo que te permita sostener una familia. Pero todo eso no se razona a los diecisiete años, ni siquiera a los dieciocho, pero yo creo que se piensan las cosas dos veces.

El hecho es que ya estaba yo casada y no pasó mucho tiempo antes del primer reproche: - no se para qué me case contigo -, me dijo él un día. Es algo que se quedó muy dentro de ti, primero te duele, después sólo te va disminuyendo el romanticismo y empiezas a pisar tierra y enfrentarte a tu realidad; pero ya no eres la misma. Al año cinco meses nace mi segundo hijo; crecen los reproches y el arrepentimiento, pero sigo en pie, aceptando mi realidad, tratando de amainarla al disfrutar ver a mis hijos crecer.

Ahora que lo analizo, siempre ha sido un constante enfrentamiento de emociones. Por un lado sueños frustrados, desilusión de él y de mi misma, sufrimientos innecesarios y una desesperada búsqueda de identidad; por el otro dos tiernos bebés, alegres, graciosos, indefensos que dependen de mis cuidados y mi buen juicio. Y aquí choco con otra frustración: no tengo las posibilidades económicas para ser yo quien proporcione a mi hija y a mi hijo lo necesario económicamente. Cualquiera diría que es muy cómodo depender de tus papás o tus suegros, pero no es así, no para mí. Para mí es muy importante la independencia económica, que finalmente te lleva a una independencia moral. No son menos los problemas, pero es tan satisfactorio disfrutar el fruto de tu trabajo, o malgastarlo, o lo que sea.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué sigue pasando con infinidad de adolescentes que apresuran su vida sin sentido alguno? ¿De qué depende realmente el poder planificar una vida plena y tener alcance a óptimas posibilidades de desarrollo?

LUCHAR DESDE LA TRINCHERA

Después de un poco más de tres años, (después del nacimiento de mi segundo hijo), ya esperaba al tercero. Fue una época especialmente difícil. Viví un suceso muy doloroso que me hizo madurar de golpe: la infidelidad; es algo que no voy a tratar con detalle, lo cierto es que es una manera sumamente cruel de aterrizar por completo. Por primera vez veía mi situación y buscaba con desesperación algo a qué aferrarme. Lo que me hizo volver a mí; a preocuparme

por lo que había hecho de mi vida y a intentar retomar esa parte de mi que se había perdido en alguna momento, no se cuál.

Empecé a leer partes de libros que ya había leído o que siempre había deseado leer; todo aquello donde se trataran temas de psicología infantil, relación de pareja, superación personal, todo ese tipo de cosas.

Con esto me di cuenta de que mi cerebro seguía ahí, no se había secado, ¡Era un alivio!

Me cuestioné nuevamente como no había hecho en mucho tiempo. Esta vez fui muy dura. Con facilidad caía en depresión, pero con la misma facilidad salía. Era como una auto flagelación.

Me torturaba diciéndome, - como siempre -, que era una situación que yo había buscado y que ahora tenía que sufrir las consecuencias (cargar con mi cruz). Lo cierto es que sólo yo podía terminar con ese estado pasivo en el que me encontraba desde hacía mucho tiempo.

Ya con tres hijos y 25 años de edad, me era muy difícil considerar la posibilidad de seguir estudiando o trabajar. Sin embargo tenía que hacerlo, por mí. El mundo ahora es muy diverso, ya no hay patrones tan “apretados” como: la mujer en su casa, con sus hijos (cuidadora) y el hombre en la calle trabajando (proveedor). Afortunadamente se han abierto infinidad de posibilidades para ambos. Aunque no se salva uno de las críticas y de ser “mal visto” por personas extremistas y enfermizamente conservadoras.

Quizá hay mujeres que se sienten felices y completas como amas de casa, lo cierto es que puede ser muy satisfactorio. Más también están las que prefieren desarrollar otras habilidades; y sin menospreciar a las primeras, hay mujeres, profesionistas o no, que son muy brillantes en el mundo laboral. Y ni una, ni la otra tienen derecho a hacer menos o satirizar la labor de ninguna mujer.

SER MUJER

Por eso creo que toda mujer, sea cual sea la labor que desempeña, debe “trabajar” por dignificar a la mujer, luchar por cambiar los patrones absurdos y castrantes, por dar a la mujer en adelante, posibilidades de decisión y desarrollo equitativas y acordes a su tiempo.

No me considero feminista, (me falta mucho y no es que las desprecie), pero yo creo que si algo es común en los seres humanos, hombres, mujeres o lo que sean, es el deseo ferviente de tener una vida plena y libre.

Ya sea ama de casa de tiempo completo, o que salga a trabajar, la mujer tiene una enorme posibilidad de impulsar los cambios necesarios a través de los hijos; apoyando a las hijas para alcanzar sus metas y dando una imagen diferente y respetable a los hijos de lo que debe dar o esperar de una pareja. Y exhortar a ambos, a que busquen precisamente una *pareja* y no a quien someter, dominar o esclavizar.

Durante mucho tiempo me torturé cuestionándome por mi papel como madre; y casi me convencí de que no estaba haciendo lo correcto. El hecho de no haber planeado mis embarazos, no significa que no quiera a mis hijos. Fueron embarazos no planeados, pero son hijos muy amados. Estoy segura que es más bien lo contrario. Un buen ejemplo que puede dar una mujer a sus hijas e hijos, es ser una persona que busque su realización, que busque superación intelectual y emocional.

Finalmente lo importante es defender el derecho de la mujer y del hombre a tomar sus propias decisiones, tener sus creencias y expresar su pensar y sentir libremente, respetando al mismo tiempo el de los demás.

El no tomar decisiones totalmente adecuadas, nos lleva a alterar el orden natural de los eventos de nuestra vida; pero finalmente todos deben realizarse. Alterar el orden sólo nos dificulta la realización de tales eventos; por ello recomiendo a mi hija y a mis hijos desarrollar e identificar

primero, su personalidad; segundo, los diversos roles en su relación con los demás (hijo, hermano, pareja, amigo, y otros); y finalmente asumir la responsabilidad que implica el formar una familia, sobretodo en su papel de madre/esposa o padre/esposo. Sobre todo les recomiendo buscar esas dosis de felicidad que hacen agradable la vida y encontrar la manera de que perduren el mayor tiempo posible, superando los tiempos difíciles.

VIVIR AQUÍ Y AHORA

Infinidad de veces me repito que lo importante es el presente. No se debe seguir lamentando lo pasado, o lo “no pasado”; tampoco es posible adivinar o asegurar lo que venga en un futuro. Lo importante es vivir aquí y ahora.

Ahora tengo 32 años, trabajo desde hace tres, tres hijos en pleno proceso de crecimiento y un esposo que no le interesa lo que pienso; más sin embargo tengo un compromiso con él. Pasamos buenos momentos juntos y hemos aprendido a respetarnos. Hay muchas cosas por reaprender; pero mientras tenga este equilibrio emocional y la firme convicción de construir tiempos mejores, seguiré en pie.

Y no abandono el deseo y la posibilidad de seguir estudiando y escribiendo para dar testimonio de mi existencia a quien le interese y sirva de algo.

Para él.

De verdad que es una lástima que me traiciones como lo haces. Yo soy una persona valiosa. Lo sabes; por eso no te atreves a irte, tal vez por no perder "tu casa", o por los niños. Francamente el motivo es lo de menos, el caso es que ni me dejas, ni me ayudas a ser feliz. Es cierto que hay buenos momentos entre nosotros, pero los opacan las tonterías que haces; si tonterías, porque no sabes como arriesgas nuestro matrimonio. ¿Es tan difícil poner lo mejor de ti para poder seguir juntos?

Si crees que puedes seguir con este tonto juego, te equivocas, no está con ninguna estúpida. Se perfectamente lo que pasa y no voy a seguir tolerándolo por más tiempo.

Ahora tienes que decidir, ¿te quedas o te vas? Pero definitivamente, ya no hay espacio para "vamos a darnos un tiempo", ni nada por el estilo. Yo sé perfectamente lo que quiero y es tener un matrimonio maduro, con confianza, respeto mutuo; si tú no lo deseas así, lo siento mucho, pero no voy a seguir tu juego.

Lo más triste es que me da igual lo que decidas. No me voy a morir ni de hambre ni de tristeza. En mi hay mucho amor y si tu no lo valoras, si no te interesa, es tu problema; se lo puedo dar a mis hijos, compensado el daño que les causemos con esta situación.

De ella.